

del libro. Pero es un límite reconocido. Lo que pretende el profesor Symoens queda bien circunscrito: poner delante del lector una selección (no exhaustiva) de textos que le ayuden a repensar la relación hombre-mujer a partir de la Biblia, desde un acercamiento eminentemente sapiencial.

En general, el objetivo del libro se consigue, mediante una propuesta de lectura original de los textos “cuyo punto de partida no puede sino proceder de Cristo” (13). Ciertamente hay detalles que pueden convencer menos. Por ejemplo, se identifica de un modo excesivo la imagen de Dios en Gn 1,26-28 con la diferencia sexual (32), sin atender tanto a dimensiones como el trabajo o la procreación. Estas dimensiones hubieran equilibrado mejor el cuadro antropológico en el que se presenta dicha diferencia. En el aspecto formal, se recurre excesivamente a la cita textual, que además se presenta en un cuerpo menor de letra dificultando mucho la lectura (ver, por ejemplo, 109). Es de agradecer, sin embargo, el índice bíblico introducido al final, que permite consultar los textos que interesan.

En fin, el lector no debe pretender buscar en este libro un desarrollo sistemático del tema. Debe aceptar la delimitación de método y contenido que el autor le propone. Se enfrenta entonces al reto de una lectura renovada de los textos que es, ciertamente, reconfortante. El padre Symoens sigue la ruta abierta por ese gran intérprete de la Escritura que fue el padre Paul Beauchamp. De él ha heredado ese convencimiento de que para el exegeta el conocimiento del hombre no puede ser menor que el conocimiento del texto. Es decir, que la exégesis del texto debe partir de la exégesis del hombre que lee el texto. Agradecemos por ello al padre Symoens su valiosa contribución.

CARLOS GRANADOS GARCÍA – Villamil 237 – 28039 Madrid

---

JIMÉNEZ LOZANO, José, *Abram y su gente* (BAC Narrativa; BAC, Madrid 2014). 175 pp. ISBN: 978-84-220-1762-9. € 13,00

El último libro de relatos del escritor español José Jiménez Lozano tiene el significativo título de *Abram y su gente*, del que se sigue que las historias que nos ofrece son bíblicas. Que Jiménez Lozano, Premio Cervantes de 2002, escriba un conjunto de narraciones que recreen figuras, episodios y acontecimientos bíblicos no es novedad, lo lleva haciendo con regularidad desde sus primeras publicaciones. Lo ha hecho en narraciones monográficas (*Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda [1325-1402]* [1985], *Sara de Ur* [1989], *El viaje de Jonás* [2002], *Libro de visitantes* [2007]) y, de forma discontinua, en algunas de las recopilaciones misceláneas (*El santo de mayo*

[1976], *El grano de maíz rojo* [1988], *Los grandes relatos* [1991], *Un dedo en los labios* [1996], *La piel de los tomates* [2007], *El azul sobrante* [2009]) y en un relato exento, “El paseante, o Ester recontada” que acompaña la ed. facsimilar de *El rollo de Ester de la Catedral de Madrid* (I. Carbajosa [ed.], Universidad San Dámaso-Cabildo de la Catedral de Madrid, Madrid 2012). Lo que sí que resulta raro es encontrar relatos literarios basados en un hipotexto bíblico en el panorama literario español. Se cuentan con los dedos aquellos que, más allá de una imaginería, presenten lo que podríamos llamar lo propio de su antropología, es decir, que la criatura es nada –o, por mejor decir, polvo- sin Dios y es todo cuando es sujeto de su elección y promesa. Esto está en la base de esa magistral “tensión existencial” que se descubre en los cuentos de esta colección, como con acierto comenta Ignacio Carbajosa en el Estudio Conclusivo de la obra que reseñamos (159-160).

La obra ofrece una estructura clásica de agrupación de colección de relatos unidos por un marco; sigue la tradición de los relatos de Sherezade en *Las mil y una noches*, la sucesión de consejos del ayo Patronio a su señor, en *El Conde Lucanor*; o los relatos de peregrinos en los *Cuentos de Canterbury*. En nuestro caso el *cornice*, titulado significativamente “La compañía de cada día”, consiste en las conversaciones que mantienen un grupo de personajes en la barbería de una aldea “rusa” en la que entran y salen un imán musulmán, un rabino judío, un sacerdote, varios comerciantes, un alguacil, un médico, un boticario, un monje cristiano, un tonto de pueblo, algunas mujeres, etc. que se cuentan historias. La función de este marco es mostrar la repercusión vital y mental que tienen los relatos en los que los escuchan, por eso, tras la lectura los comentan libremente; el relato bíblico, convertido en motivo de conversación, se actualiza. Al mismo tiempo, el espacio marco bien parece una aldea castellana, y ésta en ese período de la historia que tanto estima el escritor, esa Edad Media que fue “la simbiosis de Oriente y Occidente cuya expresión será más adelante en el mismo plano artístico lo mudéjar, y el plano histórico un vivir y convivir de razas y fes, lenguas y costumbres muy diversas” (J. Jiménez Lozano, *Ávila* [Barcelona 1988] 51). Aunque, dando una vuelta de tuerca más, tal y como nos tiene acostumbrados Jiménez Lozano, se dice que la barbería es la de Vitebs, el pueblo que inspiró los colores y figuras de Marc Chagall. Así la Rusia de la infancia de Chagall se funde fabulosamente con la Ávila medieval en la que sus habitantes llevaban “el color del Paraíso en sus ojos” (*Ávila* 1988: 60)

De la colección de los veintiséis cuentos, veintitrés se basan en un hipotexto del Antiguo Testamento (Éxodo, Samuel, Reyes, Eclesiastés y Libro de Jonás) y tres están basados en el hipotexto del Nuevo Testamento (se recrean las figuras de Pilato, Pedro y la criada del Sanedrín la noche de la Pasión, y los discípulos camino de Emaús). Baste señalar, a modo de ejemplo y de forma sintética, las formas de narración de uno de los relatos. Se titula “El disgusto de Teraj” y es el segundo de la colección. Recrea la partida de Abram de Jarán hacia la tierra de Canaán, tras haber recibido la orden de Yahveh de salir de su tierra (Génesis 12). Las novedades en la composición del relato son tres. En primer lugar, la libertad del narrador que se manifiesta en varios

niveles: combina episodios del hipotexto bíblico. Los hay ligados a la figura de Abram y a la genealogía en la que se inserta (Gen 11 y 12), se adelanta el motivo de la risa de Saray (Gen 18) al momento de la partida hacia Canaán, etc. Aparecen fusiones con otros episodios distantes del tiempo de la narración abramica: la promesa de una tierra que mane “leche y miel” procede de la promesa hecha a Moisés en Éxodo 3, la lucha nocturna con Dios se asemeja a la de Jacob (Gen 32) y la repetición de que los ídolos tienen ojos y no ven procede del salmo 115. Además las referencias a Teraj vendedor de ídolos provienen de una tradición midrásica (cf. el estudio conclusivo de Carbajosa, punto 3: 164-167). La segunda novedad es la discreción de un narrador que no cuenta directamente estos primeros contactos de Yahveh con Abram, prefiere no suplantar el papel del narrador bíblico. Por eso el narrador de esta historia aprovecha tres personajes que conocen, solo en parte, los cambios que sufre Abram tras sus diálogos con Dios. Teraj, su padre, se disgusta con el ateísmo de su hijo que le lleva a la ruina del negocio familiar, la venta de ídolos. Saray sospecha que tiene un amante porque sale por las noches. El criado mayor, Eliyu, sigue a su amo en las excursiones nocturnas y oye las palabras de respuesta y obediencia a la promesa del Desconocido con el que se ve su señor. El acontecimiento central que cambia y mueve a Abram desde una fecha precisa (“todo había cambiado a partir del momento en el que Abram hizo aquel viaje de la luna de otoño”: 28) permanece velado, aunque se da uno de sus rasgos fundamentales: ha sido seducido. El tercer rasgo novedoso es el sentido del texto, que se logra con la repetición de esa oposición entre los ídolos que “tienen ojos y no ven y oídos y no oyen”, a diferencia de Él que habla y ve. La universalidad de este sentido procede de la diferente dinámica antropológica que produce la relación con un ídolo (ilusión a merced de las necesidades humanas) y la relación con Dios que habla, lucha, promete y envía. Precisamente para reforzar este sentido universal se compone la conversación posterior de los asistentes a la lectura del cuento en la barbería. Se quedan en silencio y se preguntan: “Cada quien y cada cual comenzó a preguntarse quién no tenía un ídolo por lo menos en su corazón, o porque quedaron aterrados ante lo que sucedería si un día Adonay, estando airado, llamase a cada cual por su nombre” (p. 33).